

131



Arqueología, Biblia Historia

Jacques Briend, Olivier Artus, Damien Noël

CB
131

JACQUES BRIEND
OLIVIER ARTUS
DAMIEN NOËL

Arqueología, Biblia Historia

evd

editorial verbo divino

Avda. Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra)
2006

Contenido

Arqueología, Biblia, Historia	3	◆ Datos arqueológicos y estudios bíblicos	
		◆ Autonomía y cruce de disciplinas	
1 – El trabajo del arqueólogo (J. Briend)	4	3 – La investigación del historiador (D. Noël)	36
◆ 150 años de arqueología en Palestina		◆ La Iglesia y la crítica histórica	
◆ Estructuras y objetos descubiertos		◆ La Biblia y la investigación histórica.	
◆ Topónimos y geografía histórica		Posiciones modernas	
◆ La identidad de la población		◆ Historiografía y Biblia	
◆ A propósito de las inscripciones reales		◆ Escritura de la historia e historia de salvación	
◆ A modo de conclusión			
2 – La aproximación del exegeta (O. Artus)	20	Para saber más	56
◆ Preliminares sobre el texto bíblico		Lista de recuadros	56
◆ El texto bíblico, ¿fuente para el historiador?		Índice de referencias bíblicas	57

Hubo un tiempo en que Biblia y arqueología hicieron un buen matrimonio. Un libro de los años treinta, reeditado varias veces, afirmaba: ¡*La Biblia es verdad!* Respondía así a la reina Victoria, quien, en 1865, solicitaba a la *Palestine Exploration Fund* que «verificara que la historia bíblica era una historia real», siendo su finalidad ofrecer una «refutación a la incredulidad».

¿Se ha consumado hoy el divorcio? Tomando los datos de la arqueología y apelando a la documentación del Antiguo Oriente, los historiadores han puesto en duda muchos de los hechos narrados: patriarcas, éxodo, grandeza de los reyes de Israel... La primera apologética se ha venido abajo. Pero, al mismo tiempo, la reflexión filosófica ha permitido comprender mejor lo que sucede cuando se escribe la historia.

Entramos en un nuevo período de la crítica bíblica: ¿qué vínculos mantienen estas disciplinas autónomas que son la arqueología, la exégesis y la historia? Hemos pedido a tres especialistas de la Biblia que nos den sus puntos de vista. Cada contribución está ilustrada con ejemplos tomados en su mayor parte de los libros históricos (Josué, Jueces, Samuel y Reyes), mencionando hechos situados en los mal conocidos períodos de la «conquista» y la «monarquía», entre 1000 y 587 a. C. A lo largo de estas páginas, las figuras de Josué, Sansón, David, Salomón o Josías, la elaboración de los corpus legislativos, la conquista de la ciudad de Hebrón o el asedio de Jerusalén por Senaquerib adquieren un nuevo relieve.

Gérard BILLON

- **JACQUES BRIEND** es profesor honorario del Instituto Católico de París. Ha sido miembro de la Pontificia Comisión Bíblica (1990-2001). Arqueólogo, ha trabajado en varias excavaciones en Jerusalén, Tell el Farah y Tell Keisan. Ha coordinado y presentado *La Terre Sainte. Cinquante ans d'archéologie* (Compact. París, Bayard, 2003) y colaborado en la nueva edición del Pentateuco de la Traduction Oecuménique de la Bible (TOB) (2003). En los *Cuadernos Bíblicos* ha redactado *El libro de Jeremías* (n. 40. Estella, Verbo Divino, 2003).
- **OLIVIER ARTUS** enseña exégesis del Antiguo Testamento en la Facultad de Teología del Instituto Católico de París. Es miembro de la Pontificia Comisión Bíblica. Especialista en el Pentateuco, ha colaborado en la nueva edición de la TOB (2003). Acaba de publicar *Les Lois du Pentateuque* (LD 200. París, Cerf, 2005). En los *Cuadernos Bíblicos* ha redactado, entre otros, *Aproximación actual al Pentateuco* (n. 106. Estella, Verbo Divino, 2001).
- **DAMIEN NOËL** enseña historia de Israel en la Facultad de Teología del Instituto Católico de París. Con Olivier Artus ha presentado *Les livres de la Loi* (Commentaires. París, Bayard-Centurion, 1998). En los *Cuadernos Bíblicos* ha redactado una trilogía: *Los orígenes de Israel* (n. 99. Estella, Verbo Divino, 1999); *En tiempo de los reyes de Israel y de Judá* (n. 109. Estella, Verbo Divino, 2002); *En tiempo de los imperios* (n. 121. Estella, Verbo Divino, 2004).

Arqueología, Biblia, Historia

1 - El trabajo del arqueólogo

*No existe una arqueología «bíblica». La arqueología es una disciplina de pleno derecho, independiente en cuanto a sus métodos. En Palestina, la interpretación de sus resultados la sitúa en relación con el trabajo del historiador para un mejor conocimiento de la vida cotidiana de las poblaciones de Israel, Filistea o Canaán, pero apenas para la constitución de una historia política. **Por Jacques Briend***

2 - La aproximación del exegeta

*Los datos de la arqueología contribuyen a veces a invalidar hipótesis exegéticas, como la teoría documentaria. Iluminan también el contexto social e histórico que rodea la composición de algunas secciones legislativas del Pentateuco. Finalmente ayudan a abrir campos de investigación, por ejemplo sobre la naturaleza de los relatos compuestos en Jerusalén durante el período monárquico. **Por Olivier Artus***

3 - La investigación del historiador

*La relación entre el texto y la verdad histórica depende, en parte, del carácter religioso de la Biblia. Hacer que tengamos conjuntamente información, convicción y realidad es precisamente el desafío del historiador que compone un relato. Los ejemplos no faltan, de Josué a David o Ezequías. Ahora bien, que las investigaciones científicas confirmen o nieguen los acontecimientos narrados, en nada afecta al «mensaje de salvación». **Por Damien Noël***

1 – El trabajo del arqueólogo

Desde sus comienzos, la arqueología palestina¹ ha querido dar a sus descubrimientos una dimensión histórica y, para lograrlo, ha recurrido a la Biblia como un documento histórico privilegiado. Ahora bien, lo que parecía caer por su propio peso a comienzos de la investigación arqueológica no ha cesado de ser cuestionado desde hace una veintena de años. ¿Cómo se ha pasado de una relación con la Biblia considerada evidente a una relación conflictiva? ¿Cuáles son las razones para ello? Es lo que vamos a descubrir recurriendo a la historia de la investigación arqueológica en el país de la Biblia.

A modo de introducción, querríamos detenernos en la reacción de un arqueólogo que trabaja en Egipto frente a la situación del arqueólogo que trabaja en Palestina, pues ésta obliga a reflexionar sobre los problemas que encuentra este último (cf. el recuadro de la página siguiente).

Este juicio de Alain Zivie habla en pocas palabras de la difícil relación entre los descubrimientos de la arqueología palestina por una parte, y los textos de la Biblia por otra. Esto habla, en primer lugar, de la esperanza demasiado grande depositada en los descubrimientos arqueológicos para ilustrar el texto de la Biblia, pero también de la naturaleza del texto bíblico, que no es primeramente un libro de historia. Ahora bien, una de las motivaciones de la investigación arqueológica en Palestina ha sido frecuentemente venir a iluminar, incluso a justificar, el texto bíblico. Hay que reconocer que la arqueología en Palestina

no funciona de la misma manera que en cualquier otro país a causa de la presencia de la Biblia, a la que resulta inevitable consultar para interpretar tal o cual descubrimiento arqueológico. Para comprender esta situación, única en su género, es preciso recurrir a la historia de la arqueología en Palestina, para iluminar el pasado y aprender a disociar en cierta medida la arqueología y la Biblia, a fin de evitar una relación conflictiva, cuando durante mucho tiempo esta relación pareció evidente.

1. El adjetivo «palestino» no hay que tomarlo aquí en sentido político. De manera convencional y un tanto vaga, siguiendo las primeras publicaciones arqueológicas de los siglos XIX y XX, «Palestina» designa las regiones de Cisjordania donde se desarrolla la mayor parte de los acontecimientos bíblicos. Hoy, estas regiones son compartidas entre Israel y la Autoridad Palestina.

Texto y vestigios arqueológicos

Es difícil hacerse una imagen verdadera de una civilización, por el hecho de la disparidad y la desigualdad de conservación y del tratamiento de las fuentes, comenzando ciertamente por la de las fuentes arqueológicas y las fuentes escritas. Pero al menos Egipto nos ha transmitido dos tipos de fuentes de una manera bastante equilibrada, ciertamente sólo en los mejores casos. Mientras que las cosas son diferentes por el lado del mundo bíblico. Tan impresionantes como puedan ser a veces los vestigios arqueológicos de la zona palestina, éstos siguen siendo generalmente muy modestos. Las inscripciones son igualmente poco numerosas y escasamente proliferas, es lo menos que se puede decir. Pero está el texto, está la Biblia, y el desfase se vuelve aún más espectacular. ¿Cómo hacer coincidir el texto y los vestigios arqueológicos, cuando parecen tener tan poco en común?

A. ZIVIE, *La prison de Joseph. L'Egipte des pharaons et le monde de la Bible*.
París, Bayard, 2004, pp. 22-23.

150 años de arqueología en Palestina

En Francia, el interés por Tierra Santa se inició con René de Chateaubriand, con su libro *Itinerarios de París a Jerusalén* (1827). En los Estados Unidos es el diario de viaje de Edward Robinson (1794-1863): narrando sus visitas a Palestina en 1838 y 1852, se esforzó por cotejar lo que dice la Biblia con lo que dice el suelo y, con una extraña fortuna, logró situar en el terreno numerosas ciudades y aldeas citadas en la Biblia.

La búsqueda de un método

Es un francés, Félix de Saulcy (1807-1880), considerado por algunos como el fundador de «la arqueología bíblica», quien emprende en Jerusalén, en 1850-51, las excavaciones de una tumba situada al norte de la ciudad, identificando esta tumba con la de David y Salomón, pero de manera errónea, pues la tumba en cuestión data del siglo I de

nuestra era. Primera confusión que no será la última, pero que es muy reveladora de lo que se busca en Palestina.

Por su parte, los ingleses no permanecen inactivos. En 1865 se funda la *Palestine Exploration Fund*, patrocinada por la reina Victoria. La motivación está perfectamente clara: la Fundación debe permitir «verificar que la historia bíblica es una historia real, a la vez en el tiempo, en el espacio y a través de los acontecimientos, a fin de ofrecer una refutación a la incredulidad». Desde esta perspectiva apologética, la arqueología debe restaurar la confianza respecto al texto bíblico, maltratada por el racionalismo crítico de la exégesis alemana. Son, pues, los ingleses quienes van a emprender las primeras investigaciones arqueológicas en Jerusalén, en primer lugar en 1867 con el capitán Charles Warren, y después, entre 1894-1897, con F. G. Bliss y A. D. Dickie, que buscan el trazado de las murallas de la ciudad antigua de Jerusalén.

Lo que caracteriza estas primeras investigaciones es la ausencia de método. En efecto, tanto Charles Warren como Bliss y Dickie se ponen a excavar a partir de un pozo y de galerías, lo que les hace incapaces de datar los muros y los vestigios descubiertos. Observemos de paso que esta técnica de los pozos y las galerías está tomada de la técnica minera, bien conocida por los ingleses, pero es completamente inadecuada para la investigación arqueológica.

Sin embargo, es un inglés quien tendrá la intuición de lo que es necesario hacer para datar los descubrimientos arqueológicos. Este hombre se llama W. Flinders Petrie (1853-1942). Está en Egipto desde hace diez años cuando en 1890 se le envía a Palestina, y ha observado y reflexionado mucho sobre la naturaleza del trabajo arqueológico; por otra parte, ha puesto a punto un método de registro de los objetos descubiertos, en particular la cerámica. Por tanto, hele aquí encargado de la excavación de una colina, Tell el-Hesi, a 25 km al noreste de Gaza, donde se va a quedar apenas dos meses. Examinando la colina, Flinders Petrie descubre que ésta ha sido cortada por el wadi durante la estación de las lluvias. «La pared de la colina –escribe en un relato– nos ofrece de golpe un muestrario de todas las variedades de cerámicas en más de mil años», y añade: «En el futuro, todos los tells y todas las ruinas de Palestina revelarán su edad gracias a los fragmentos de cerámica que las recubren». Por tanto, el principio se ha adquirido y debe permitir datar las diferentes ocupaciones en un lugar determinado. Sólo quedaba que fuera aceptado, y sobre todo afinarlo.

A decir verdad, al principio enunciado por Flinders Petrie le hará falta tiempo para ser puesto en práctica. Por otra parte es preciso reconocer que las excavaciones llevadas a cabo entre 1890 y 1911, a veces en lugares importantes como Samaría, Meguidó o Jericó, apenas harán progresar

el estudio de la cerámica, un material presente en todos los niveles de ocupación desde 5000 a. C.

Una arqueología «bíblica»

Desde 1912 a 1919 hubo una pausa en el trabajo arqueológico en Palestina a causa de la primera guerra mundial, y no hubo ningún avance ni desde el punto de vista del método de trabajo ni para el estudio de la cerámica.

No es hasta 1920 cuando las excavaciones se reanudan con nuevos equipos en un contexto político que ha cambiado. Los ingleses recibieron el mandato sobre Palestina y es un inglés, John Garstang, quien pone en pie un Departamento de Antigüedades. Pero durante el período que va de 1920 a 1938 son sobre todo los americanos los que dominan la arqueología palestina. El más célebre de ellos es W. F. Albright (1891-1971).

Albright excava en primer lugar en Tell el Ful, un lugar al norte de Jerusalén, que considera como el lugar de Guibeá, patria del rey Saúl (1 Sam 10,10; 11,4; 13,2) y al que se dedica durante dos años (1922-1923). Después de esto se compromete en una excavación mucho más importante que durará de 1926 a 1932 en Tell Beit Mirsim, un paraje que se encuentra al suroeste de la ciudad de Hebrón. Para él, la ciudad debe ser identificada con Debir, mencionada en Jos 15,15-17, llamada también Quiriat-Séfer. Hoy esta identificación no se acepta, y Debir se localiza en Khirbet Rabud después de una excavación llevada a cabo en este lugar por Moshe Kochavi en 1968 y 1969.

Gracias a sus excavaciones en Tell Beit Mirsim, Albright llega a establecer una cronología de la cerámica palestina, que se impondrá ampliamente en los años 1930, en particular para la distribución de la cerámica en las salas del Museo Rockefeller, en Jerusalén. Esto muestra a la perfec-

ción la influencia ejercida por Albright en el ámbito de la arqueología palestina. Pero hay más. Gran lector de la Biblia, W. F. Albright era un defensor de la arqueología bíblica, esforzándose por hacer coincidir los descubrimientos arqueológicos con los datos bíblicos. Por otra parte, es en esta época cuando la expresión «arqueología bíblica» tiende a extenderse. Tenemos un buen ejemplo de ello en el libro de Charles Marston titulado *The Bible is true*. Publicada en 1935, esta obra utiliza la expresión y se refiere a los trabajos de Albright. De modo más general, el autor se apoya en los descubrimientos arqueológicos para probar la veracidad de la Biblia. Esta obra, que no es la última del género, está fuertemente marcada por las convicciones de la época, y recibe una amplia acogida, en particular en Francia bajo el título *La Bible a dit vrai* (París, Plon, 1936 y 1956).

A pesar de los resultados innegables en el plano arqueológico, quedaba por poner a punto un método de trabajo que fuera riguroso, pero la Segunda Guerra mundial va a interrumpir toda investigación arqueológica entre 1938 y 1945. La puesta a punto de un método indiscutible es entonces dejada para más adelante.

Al término de este recorrido histórico relativo a la arqueología palestina entre 1850 y 1960 podemos quedarnos con la advertencia de un arqueólogo holandés, H. J. Franken, que no dudaba en decir: «Todo el trabajo llevado a cabo hasta el final del mandato británico en 1948 ha seguido un método irracional y superado» (1952). Pero un juicio semejante supone la existencia de un método que se supone mejor y más fiable.

Un nuevo método

Hasta 1950, el trabajo arqueológico se contentaba, lo más frecuentemente, con seguir los vestigios de los mu-

ros y los suelos que estaban asociados a ellos. Los objetos encontrados fuera de este contexto eran considerados como de origen incierto. Además, se ignoraba demasiado a menudo que el ladrillo era un material muy utilizado y que la excavación de las estructuras de ladrillo exigía una atención particular.

La puesta a punto de un método de excavación va a ser aplicado por primera vez por una inglesa, Kathleen Kenyon (1906-1978); ella va a excavar desde 1952 a 1956 el lugar de Tell es-Sultan, donde se sitúa la ciudad bíblica de Jericó. A partir de ahí, este método, llamado «método Wheeler» o, sencillamente, «método Kenyon», va a extenderse no solamente por Palestina, sino también por Jordania e Israel. Este método fue puesto a punto por Sir Mortimer Wheeler, director general de la arqueología en la India de 1944 a 1948. Se trata de dividir el terreno de la excavación en cuadrados de 5 m de lado, reservar en cada lado una banda de 50 cm, y, por tanto, obtener cuadrados independientes, porque están separados unos de otros por asientos o «canales» de 1 m de largo. El número de los cuadrados y su disposición se dejan a la discreción del arqueólogo en función del terreno, de sus medios financieros y de la altura que se presume de la ocupación en el lugar elegido.

¿Cuál es la razón de ser de esta división? En el origen del método se encuentra esta constatación tan trivial: el arqueólogo destruye a medida que avanza en su trabajo. En última instancia, al menos en teoría, no queda nada de lo que se ha sacado a la luz, y nadie puede verificar ya sobre el terreno, por tanto, todo depende de la manera de registrar y verificar lo que se descubre a medida que se desarrolla el trabajo. El ideal sería poder rehacer el trabajo sabiendo de antemano lo que se ignoraba al principio. Esto es absolutamente quimérico. A pesar de ello, se puede intentar verificar a lo largo de todo el trabajo lo

que se ha hecho, pero para eso no hay que destruirlo todo. La solución propuesta por Wheeler consiste en desdoblarse el espacio arqueológico, ya que se tiene un cuadrado de 4 m de lado, que se excava anotando cuidadosamente lo que se descubre, y, en los cuatro lados del cuadrado, se tiene una sección o tabique donde se puede continuar leyendo lo que ha sido encontrado en la horizontal. Ahí reside la intuición de Wheeler: el arqueólogo dispone de una doble lectura de su trabajo horizontal y vertical. En tanto las secciones de un cuadrado sean conservadas, el arqueólogo puede continuar leyendo lo que ha descubierto en la horizontal.

Las ventajas del método son importantes: La vigilancia de la obra de excavación es más fácil; se puede excavar cada cuadrado a diferente velocidad; las responsabilidades son establecidas claramente; en todo momento se puede extender la superficie de la excavación abriendo nuevos cuadrados; finalmente, la toma de las notas está bien encajada; el origen de los objetos encontrados y la cerámica recogida es consignado con el número de la cuadrícula (una letra y una cifra) y la fecha del día. En el momento de la síntesis y la publicación, todas estas indicaciones permiten situar perfectamente los diversos elementos.

A partir de 1960, este método se ha impuesto poco a poco a todos los arqueólogos que trabajan en la zona pa-

lestina, pues ésta sólo ha proporcionado, como veremos, unas pocas inscripciones. Con perspectiva, el resultado es convincente. Aunque se puedan cometer errores, éstos son limitados y pueden ser corregidos. Desde el punto de vista del resultado final, la historia de la ocupación de un lugar determinado ya no permite discusiones frecuentes, como sucedía en otro tiempo. Sólo quedan algunos lugares excavados en otro tiempo, como por ejemplo el de Meguidó, que no pueden ser ya objeto de una excavación de control, porque todos los niveles superiores han desaparecido totalmente.

* * *

Al término de este recorrido histórico, un tanto simplificado, se impone una conclusión: la arqueología como disciplina ha tenido tiempo, al menos en Palestina, para elaborar un método de trabajo y para hacer inventario de la cerámica que está presente en cada nivel de ocupación. Es necesario tomar conciencia de que ha sido necesario más de un siglo para que elaborar un método que sea reconocido por todos. En cuanto a la cerámica, no ha terminado de ser estudiada para lograr una clasificación que, en lo esencial, sea admitida por todos. Aún hoy la cerámica y su datación están en el centro del debate para conseguir una cronología reconocida de manera unánime. Estamos lejos de que se alcance.

Estructuras y objetos descubiertos

Sobre el terreno, el trabajo diario del arqueólogo no le pone en contacto con la Biblia, y no se encuentra con la historia más que raramente y en momentos privilegiados.

Arquitectura urbana y rural

Cuando se elige un sitio para una excavación sistemática, lo que surge primeramente son los lugares de habitación

o de trabajo; si el emplazamiento adoptado lo permite, puede aparecer un elemento de muralla, incluso una puerta de ciudad. No siempre existe un sistema defensivo, pero su descubrimiento, incluso incompleto, debe permitir hacernos una idea del espacio urbano que determina.

A veces sucede que el descubrimiento de la muralla pone al arqueólogo en presencia de una destrucción masiva por un enemigo que ha tratado de atacar la ciudad. Es el caso de la ciudad de Laquis, que fue objeto de un asedio en regla por parte de los asirios. Así se descubrió la rampa de asedio construida por el ejército asirio para apoderarse de la ciudad en 701 a. C., en la época del rey Senaquerib (cf. 2 Re 18,14). En un caso como éste, la arqueología se une a la historia, pero no es lo más frecuente.

Lo más frecuente es que el arqueólogo busque en el espacio la idea preconcebida que tiene del hábitat. A este respecto, el descubrimiento de casas de cuatro piezas para la época del Hierro es un motivo de discusión, pues algunos arqueólogos consideran que este tipo de casa es típicamente israelita. Si esto es así, tendríamos aquí lo que se podría considerar como un indicador étnico.

La cerámica

En cada cuadrícula de la excavación, el elemento más constante, porque es el más abundante, es la alfarería, que se presenta en forma de fragmentos, más raramente como elementos completos. Cada cuadrado de excavación aporta su lote de fragmentos, a veces muy numerosos, que es preciso lavar, secar y después estudiar para intentar reconstruir vasos desde la embocadura hasta la base. La gran diversidad de la cerámica responde a necesidades domésticas precisas. Para hacernos una idea de ello se puede clasificar esta cerámica según su función. Tenemos así:

- recipientes de almacenamiento: jarras, ánforas, *pitoi* de diferentes tamaños destinados a conservar, almacenar o transportar trigo, cebada, vino o aceite;
- recipientes para verter: cántaros, garrafas, cantarillas, cazos, cantimploras, vasos de mano cuyos usos son diversos en función de sus dimensiones, yendo desde el cántaro para contener agua hasta pequeños perfumeros;
- recipientes de transformación: marmitas destinadas a cocer los alimentos, pero de tamaño diverso y que poseen una abertura variable, placas para el fuego, cráteras y cuencos que permiten llevar a cabo preparaciones culinarias, morteros de arcilla cuya función sigue siendo discutida;
- recipientes de consumición: fuentes, platos, escudillas, copas, cubiletes;
- recipientes de uso particular: lámparas, vasijas para filtrar, soportes de jarra.

Esta enumeración no da más que una pequeña idea de la diversidad de la cerámica. Además, no olvidemos que ésta ha evolucionado a lo largo del tiempo, aunque cada alfarería debe ser objeto de una atenta descripción: forma del cuello, de la embocadura, diámetro de abertura más o menos importante (por ejemplo, puede variar del sencillo al doble para las ollas), forma de la base (redonda, abombada, picuda, anular, etc.). Así, cada objeto debe tener una ficha tan completa como sea posible, incluyendo sus dimensiones, pero también una descripción de la decoración, del color y de cualquier detalle que pueda tener interés. Un dibujo y una fotografía vienen a completar la ficha descriptiva.

Esta presentación un tanto larga sobre la cerámica pretendía manifestar el lugar que ésta ocupa en el trabajo de un equipo arqueológico. Para la datación de los niveles de ocupación, este trabajo es indispensable, pues también permi-

te una comparación con otros lugares arqueológicos situados en la misma región, y debe conducir a datar con la mayor precisión posible el estrato que se está excavando.

Objetos diversos

Objetos de piedra. Citemos en primer lugar los pesos hechos en basalto, caliza o hematites, caracterizados por su pulido y su forma (cúpula, hemiesfera).

El collarín es un peso de forma cónica, perforado en su centro con un orificio y destinado a lastrar un huso donde se enrolla el hilo formado por el trabajo de los dedos. Este objeto es normalmente de piedra (diorita, serpentina o caliza), pero a veces está hecho de cerámica.

Al collarín se le pueden unir los pesos necesarios para tensar los hilos de la trama sobre el bastidor para tejer en vertical. Existen pesos pequeños (de 20 a 50 gr.) o grandes (de 200 a 700 gr.). En general, estos pesos son descubiertos en fila si el taller del tejedor no ha sido demasiado deteriorado después de su abandono. El descubrimiento de estos talleres es el signo de que se está en presencia de un barrio de artesanos.

Objetos de metal. Como regla general, estos objetos se encuentran en pequeño número, pues cuando un objeto de metal, sea de bronce o de hierro, estaba usado o defectuoso, era refundido. Entre estos objetos podemos distinguir armas (puntas de flecha o de jabalina), pero sobre todo herramientas (buriles, picos). Las fibulas, antepasados de nuestros imperdibles, aparecen en la época del Hierro I (1200-1000 a. C.).

Figurillas. En todas las épocas se encuentra figurillas de barro cocido, bien sean estatuillas humanas, bien sean figurillas de animales. Hechas muy frecuentemente gracias a un molde, se distingue muchas veces una influencia,

bien egipcia, bien fenicia. Algunas de estas figurillas representan a una diosa de la fertilidad, muy honrada en el Oriente Próximo antiguo. En el reino de Judá estaba muy extendido un tipo particular, conocido con el nombre de «figurilla de pilar»; su parte inferior se presenta con la forma de un sólido pilar, la parte superior está constituida por el torso y la cabeza de una mujer desnuda que sostiene sus senos con sus largos brazos. En Jerusalén se encontraron figuritas como éstas en gran número, pero la cabeza de la figurilla había sido voluntariamente rota, signo de una voluntad de «desacralización» de la estatuilla.

Objetos escritos. Aparte de algunas excepciones, los objetos escritos encontrados a lo largo de una excavación son poco numerosos. Se puede tratar, por ejemplo, de un nombre propio escrito en una jarra, incluso de algunas letras para indicar abreviadamente su contenido. Textos un poco más largos, escritos con tinta sobre fragmentos de cerámica, llamados «óstraca», han sido descubiertos en algunos lugares: Samaría, que fue capital del reino de Israel, Laquis, Arad, Tell Qasilé o incluso en Mesad Hashavyahu. Aparte de algunas letras cuyo contexto se nos escapa en parte, nos las tenemos que ver con breves textos administrativos o listas de personas. Por preciosos que sean estos testimonios en materia de onomástica, de economía, incluso de geografía, son de difícil interpretación histórica.

Más numerosos son los sellos y precintos, así como las bulas que sellan documentos y que llevan la impresión de un sello. Mediante estos objetos, la onomástica hebrea se enriquece. Así sucede que algunas bulas conservan el nombre de un rey, por ejemplo «Ezequías, (hijo de) Acáz, rey de Judá», que reinó de 716 a 687, o incluso el de un hombre, «Berekyahu, hijo de Neriya, el escriba», que bien podría designar al que escribía en nombre del profeta Jeremías. El número de sellos y bulas no deja de aumentar,